

Aleksandr Pushkin

La Dama De
Picas



E LEJANDRIA

Aleksandr Pushkin

La Dama De
Picas



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA DAMA DE PICAS

ALEKSANDR PUSHKIN

**PUBLICADO: 1834
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA

CAPÍTULO I

HABÍA una fiesta de cartas en casa de Naroumoff, teniente de la Guardia de Caballería. Una larga noche de invierno había pasado inadvertida, y eran las cinco de la mañana cuando se sirvió la cena. Los vencedores se sentaron a la mesa con excelente apetito; los perdedores dejaron que sus platos permanecieran vacíos ante ellos. Poco a poco, sin embargo, con la ayuda del champán, la conversación se animó y fue compartida por todos.

"¿Cómo te ha ido esta noche, Surin?", dijo el anfitrión a uno de sus amigos.

"Oh, perdí, como siempre. La verdad es que no tengo suerte. Juego mirándole. Ya sabes que me mantengo tranquilo. Nada me mueve; nunca cambio mi juego, y sin embargo siempre pierdo".

"¿Quieres decir que en toda la velada no volviste ni una sola vez al rojo? Tu firmeza de carácter me sorprende".

"¿Qué piensa usted de Hermann?", dijo uno de los presentes, señalando a un joven oficial de Ingenieros. "Ese tipo no ha hecho una apuesta ni ha tocado una carta en su vida, y sin embargo nos mira jugar hasta las cinco de la mañana".

"Me interesa", dijo Hermann; "pero no estoy dispuesto a arriesgar lo necesario en vista de lo superfluo".

"Hermann es alemán, y económico; ése es todo el secreto", gritó Tomski. "¡Pero lo realmente asombroso es la condesa Anna Fedotovna!".

"¿Cómo es eso?", preguntaron varias voces.

"¿No habéis observado", dijo Tomski, "que nunca juega?".



"Sí", dijo Naroumoff, "una mujer de ochenta años, que nunca toca una carta; ¡eso sí que es algo extraordinario!".

"¿No sabe por qué?"

"No, ¿hay alguna razón para ello?"

"Escuche. Mi abuela, hace unos sesenta años, se fue a París y allí hizo furor. La gente corría detrás de ella por las calles y la llamaban la "Venus moscovita". Richelieu hizo el amor con ella, y mi abuela cuenta que, por su comportamiento riguroso, casi lo llevó al suicidio. En aquella época, las mujeres jugaban al faro. Una noche, en la Corte, perdió, bajo palabra, con el duque de Orleans, una suma muy considerable. Al llegar a casa, mi abuela se quitó los lunares, se quitó los aros y, con este trágico disfraz, fue a ver a mi abuelo, le contó su desgracia y le pidió el dinero que tenía que pagar. Mi abuelo, que ya no existía, era, por así decirlo, el mayordomo de su mujer. La temía como al fuego; pero la suma que ella nombró le hizo saltar por los aires. Montó en cólera, hizo un breve cálculo y demostró a mi abuela que en seis meses había gastado medio millón de rublos. Le dijo claramente que no tenía aldeas que vender en París, pues sus dominios estaban situados en los alrededores de Moscú y de Saratoff; y finalmente se negó en redondo. Pueden imaginarse la furia de mi abuela. Le tapó los oídos y pasó la noche en otra habitación.

"Al día siguiente volvió a la carga. Por primera vez en su vida, condescendió con argumentos y explicaciones. En vano intentó demostrar a su marido que había deudas y deudas, y que no podía tratar a un príncipe de sangre como a su cochero.

"Toda esta elocuencia se perdió. Mi abuelo era inflexible. Mi abuela no sabía a quién recurrir. Afortunadamente, conocía a un hombre muy célebre en aquella época. Habéis oído hablar del conde de St. Germain, del que se contaban tantas historias maravillosas. Sabéis que pasaba por una especie de judío errante, y que se decía que poseía un elixir de vida y la piedra filosofal.

"Algunos se reían de él como de un charlatán. Casanova, en sus memorias, dice que era un espía. Sea como fuere, a pesar del misterio de su vida, St. Germain era muy solicitado en la buena sociedad y era un hombre realmente agradable. Hasta el día de hoy, mi abuela ha conservado un afecto genuino por él, y se enfada mucho cuando alguien habla de él con falta de respeto.

"Se le ocurrió que él podría adelantarle la suma que ella necesitaba, y le escribió una nota rogándole que la llamara. El viejo mago acudió de inmediato y la encontró sumida en la más profunda desesperación. En dos o tres palabras se lo contó todo; le relató su desgracia y la crueldad de su marido, añadiendo que no tenía más esperanza que en su amistad y su servicial disposición.

"'Señora', dijo St. Germain, después de reflexionar unos instantes, 'podría adelantarle fácilmente el dinero que necesita, pero estoy seguro de que no descansaría hasta que me hubiera pagado, y no quiero sacarla de un apuro para meterla en otro. Hay otra manera de resolver el asunto. Debes recuperar el dinero que has perdido".

"'Pero, mi querido amigo', respondió mi abuela, 'ya te he dicho que no me queda nada'.

Eso no importa -respondió St. Germain-. Escúchame y te lo explicaré.

"Entonces le comunicó un secreto que cualquiera de ustedes, estoy seguro, daría mucho por poseer".

Todos los jóvenes oficiales prestaron toda su atención. Tomski se detuvo para encender su pipa turca, tragó una bocanada de humo y prosiguió.

"Aquella misma tarde mi abuela fue a Versalles a jugar a la mesa de la Reina. El duque de Orleans ocupaba la banca. Mi abuela inventó una pequeña historia a modo de excusa por no haber pagado su deuda, y luego se sentó a la mesa y empezó a apostar. Cogió

tres cartas. Ganó con la primera, dobló la apuesta con la segunda y volvió a ganar, dobló la apuesta con la tercera y siguió ganando".

"¡Mera suerte!", dijo uno de los jóvenes oficiales.

"¡Qué historia!", gritó Hermann.

"¿Estaban marcadas las cartas?", dijo un tercero.

"No lo creo", contestó Tomski con gravedad.

"¿Y quieres decir", exclamó Naroumoff, "que tienes una abuela que sabe los nombres de tres cartas ganadoras, y nunca se los has hecho decir?".

"Eso es lo peor de todo", respondió Tomski. "Tenía tres hijos, uno de los cuales era mi padre; los tres eran jugadores empedernidos, y ninguno de ellos fue capaz de sonsacarle su secreto, a pesar de que hubiera sido una inmensa ventaja para ellos, y también para mí. Escucha lo que me contó mi tío, el conde Ivan Ilitch, y me lo dijo bajo palabra de honor.



"Tchaplitzki -el que recuerdas que murió en la pobreza después de devorar millones- perdió un día, cuando era joven, ante Zoritch unos trescientos mil rublos. Estaba desesperado. Mi abuela, que no tenía piedad de las extravagancias de los jóvenes, hizo una excepción -no sé por qué- en favor de Tchaplitzki. Le dio tres cartas, diciéndole que las jugara una tras otra, y exigiéndole al mismo tiempo su palabra de honor de que nunca más tocaría una carta mientras viviera. Tchaplitzki fue a ver a Zoritch y le pidió venganza. A la primera carta apostó cincuenta mil rublos. Ganó, dobló la apuesta y volvió a ganar. Continuando con su sistema, acabó ganando más de lo que había perdido.

"¡Pero si son las seis! Ya es hora de irse a la cama".

Cada uno vació su vaso y la fiesta se disolvió.

CAPÍTULO II

La anciana condesa Ana Fedotovna estaba en su camerino, sentada ante su espejo. Tres doncellas la acompañaban. Una sostenía su bote de colorete, otra una caja de alfileres negros, la tercera un enorme gorro de encaje, con cintas flameantes. La condesa ya no tenía la menor pretensión de belleza, pero conservaba todos los hábitos de su juventud. Vestía al estilo de cincuenta años antes, y dedicaba a su aseo tanto tiempo y atención como una belleza a la moda del siglo pasado. Su compañera estaba trabajando en un marco en un rincón de la ventana.

"Buenos días, abuela", dijo el joven oficial al entrar en el vestidor. "Buenos días, mademoiselle Lise. Abuela, he venido a pedirle un favor".

"¿De qué se trata, Paul?"

"Quiero presentarte a uno de mis amigos, y pedirte que le des una invitación para tu baile".

"Llévale al baile y preséntamelo allí. ¿Fuiste ayer a casa de la princesa?"

"Por supuesto. Fue una delicia. Bailamos hasta las cinco de la mañana. Mademoiselle Eletzki estuvo encantadora".

"Mi querido sobrino, realmente no eres difícil de complacer. En cuanto a la belleza, deberías haber visto a su abuela, la princesa Daria Petrovna. ¡Pero debe ser muy vieja, la princesa Daria Petrovna!"

"¿Cómo que vieja?", exclamó Tomski irreflexivamente; "murió hace siete años".

La joven que hacía de acompañante levantó la cabeza e hizo una señal al oficial, que entonces recordó que era cosa entendida ocultar a la Princesa la muerte de cualquiera de sus contemporáneos. Se mordió los labios. La condesa, sin embargo, no se inquietó en absoluto al enterarse de que su viejo amigo ya no estaba en este mundo.

"¡Muerta!", dijo, "¡y yo sin saberlo! Fuimos damas de honor el mismo año, y cuando nos presentaron, la Emperatriz" -y la vieja condesa relató por centésima vez una anécdota de sus días de juventud. "Paul -dijo al terminar su relato-, ayúdame a levantarme. Lisabeta, ¿dónde está mi tabaquera?"

Y, seguida por las tres criadas, se fue detrás de un gran biombo a terminar su aseo. Tomski se quedó a solas con su acompañante.

"¿Quién es el caballero que desea presentar a madame?", preguntó Lisabeta.

"Naroumoff. ¿Lo conoce?"

"No. ¿Está en el ejército?"

"Sí.

"¿En los Ingenieros?"

"No, en la Guardia de Caballería. ¿Por qué cree que está en los Ingenieros?"

La joven sonrió, pero no respondió.

"Paul", gritó la condesa desde detrás del biombo, "envíame una novela nueva; no importa cómo. Sólo procura que no sea del estilo actual".

"¿Qué estilo le gustaría, abuela?"

"Una novela en la que el héroe no estrangule ni a su padre ni a su madre, y en la que nadie se ahogue. Nada me asusta tanto como la idea de ahogarme".

"¿Pero cómo es posible encontrarle un libro así? ¿Lo quieres en ruso?"

"¿Hay novelas en ruso? Sin embargo, envíame algo. ¿No lo olvidarás?"

"No lo olvidaré, abuela. Tengo mucha prisa. Adiós, Lisabeta. ¿Qué te hizo pensar que Naroumoff estaba en Ingenieros?" Y Tomski se marchó.

Lisabeta, que se había quedado sola, sacó su bordado y se sentó junto a la ventana. Inmediatamente después, en la calle, en la esquina de una casa vecina, apareció un joven oficial. Al verlo, la compañera se sonrojó hasta las orejas. Bajó la cabeza y casi la ocultó

en el lienzo. En ese momento regresó la condesa, completamente vestida.

"Lisabeta", dijo, "que suban los caballos; saldremos a dar una vuelta".

Lisabeta se levantó de la silla y empezó a arreglar su bordado.

"Bueno, mi querida niña, ¿estás sorda? Ve y diles que suban los caballos enseguida".

"Ya voy", respondió la joven, mientras salía a la antecámara.

Entró entonces un criado que traía unos libros de parte del príncipe Paul Alexandrovitch. "Le estoy muy agradecida. ¡Lisabeta! ¡Lisabeta! ¿Dónde se ha metido?"

"Iba a vestirme".

"Tenemos tiempo de sobra, querida. Siéntate, coge el primer volumen y léeme".

La compañera cogió el libro y leyó unas líneas.

"Más alto", dijo la condesa. "¿Qué te pasa? ¿Estás resfriado? Espera un momento, tráeme ese taburete. Un poco más cerca; eso servirá".

Lisabeta leyó dos páginas del libro.

"Tira ese estúpido libro", dijo la condesa. "¡Qué tontería! Devuélveselo al príncipe Pablo, y dile que le estoy muy agradecida; y el carruaje, ¿nunca llega?"

"Aquí está", respondió Lisabeta, acercándose a la ventana.

"Y ahora no estás vestida. ¿Por qué siempre me haces esperar? Es intolerable".

Lisabeta corrió a su habitación. Apenas llevaba allí dos minutos cuando la condesa llamó con todas sus fuerzas. Sus criadas en-

traron corriendo por una puerta y su ayuda de cámara por la otra.

"Parece que no me oís cuando llamo", gritó. "Ve y dile a Lisabeta que la estoy esperando".

En ese momento entró Lisabeta, con un nuevo vestido de paseo y un sombrero a la moda.

"Por fin, señorita", gritó la Condesa. "¿Pero qué es eso que se ha puesto? y ¿por qué? ¿Para quién se viste? ¿Qué tiempo hace? Bastante tormentoso, creo".

"No, Excelencia", dijo el ayuda de cámara, "hace un tiempo estu-
pendo".



"¿Qué sabes de eso? Abre el ventilador. ¡Justo lo que te dije! Un viento espantoso, y tan helado como puede ser. Desengancha los caballos. Lisabeta, hija mía, no saldremos hoy. Apenas valía la pena vestirse tanto".

"¡Qué existencia!", se dijo la compañera.

Lisbeta Ivanovna era, en efecto, una criatura de lo más infeliz. "El pan del forastero es amargo", dice Dante, "y su escalera difícil de subir". Pero, ¿quién puede contar los tormentos de una pobre compañerita unida a una anciana de calidad? La condesa tenía todos los caprichos de una mujer mimada por el mundo. Era avara y egoísta, y pensaba tanto más en sí misma cuanto que había dejado de desempeñar un papel activo en la sociedad. Nunca se perdía un baile, y vestía y pintaba al estilo de una época pasada. Permanecía en un rincón del salón, donde parecía haber sido colocada expresamente para servir de espantapájaros. Al entrar, todo el mundo se dirigía a ella y le hacía una pequeña reverencia, pero una vez terminada esta ceremonia, nadie le dirigía la palabra. Recibía a toda la ciudad en su casa, observando la más estricta etiqueta y sin dejar de dar a cada cual su nombre. Sus innumerables sirvientes, cada vez más pálidos y gordos en la antecámara, hacían absolutamente lo que querían, de modo que la casa era saqueada como si su dueña estuviera realmente muerta. Lisbeta pasó su vida en continua tortura. Si preparaba té, le reprochaban que había desperdiciado el azúcar. Si leía una novela a la condesa, la hacían responsable de todos los absurdos del autor. Si salía con la noble dama a pasear o a conducir, era ella la culpable si hacía mal tiempo o el pavimento estaba embarrado. Su salario, más que modesto, nunca se pagaba puntualmente, y se esperaba de ella que vistiera "como todo el mundo"; es decir, como muy poca gente. Cuando entró en sociedad, su posición era triste. Todo el mundo la conocía, pero nadie le prestaba atención. A veces bailaba en un baile, pero sólo cuando le pedían un vis-a-vis. Las mujeres se le acercaban, la cogían del brazo y la sacaban de la sala si había que arreglarles el vestido. Tenía su parte de amor propio y sentía profundamente la miseria de su posición. Esperaba con impaciencia que un libertador rompiera su cadena. Pero los jóvenes, prudentes en medio de su afectado vértigo, se cuidaban de no honrarla con sus atenciones; aunque Lisbeta Ivanovna era cien veces más bonita que las desvergonzadas o estúpidas muchachas a las que rodeaban con sus homenajes. Más de una vez se escabulló del esplendor del salón para encerrarse a solas en su pequeño dormitorio, amueblado con un viejo biombo y una alfombra de retazos, una có-

moda, un pequeño espejo y un somier de madera. Allí derramaba lágrimas a sus anchas, a la luz de una vela de sebo en un candelabro de hojalata.



Una mañana -fueron dos días después de la fiesta de Naroumoff y una semana antes de la escena que acabamos de esbozar- Lisabeta estaba sentada bordando ante la ventana, cuando, mirando despreocupadamente hacia la calle, vio a un oficial, con uniforme de Ingenieros, inmóvil y con los ojos fijos en ella. Bajó la cabeza y se dedicó a su trabajo con más atención que nunca. Cinco minutos después, miró mecánicamente hacia la calle y el oficial seguía en el mismo sitio. Como no tenía costumbre de intercambiar miradas con los jóvenes que pasaban por su ventana, permaneció con los ojos fijos en su trabajo durante casi dos horas, hasta que le dijeron que el almuerzo estaba listo. Se levantó para guardar su bordado y, mientras lo hacía, miró a la calle y vio que el oficial seguía en el mismo sitio. Esto le pareció muy extraño. Después de comer se asomó a la

ventana con cierta emoción, pero el oficial de Ingenieros ya no estaba en la calle.

No pensó más en él. Pero dos días después, justo cuando subía al carruaje con la condesa, lo vio de nuevo, de pie ante la puerta. Tenía la cara medio oculta por el cuello de piel, pero sus ojos negros brillaban bajo el casco. Lisabeta tuvo miedo, sin saber por qué, y tembló al sentarse en el carruaje.

Al volver a casa, se precipitó con el corazón palpitante hacia la ventana. El oficial estaba en su lugar habitual, con los ojos fijos ardientemente en ella. Ella se retiró inmediatamente, ardiente al mismo tiempo de curiosidad y movida por un extraño sentimiento que experimentaba por primera vez.

No pasaba un día sin que el joven oficial se dejara ver bajo la ventana. En poco tiempo se estableció entre ellos una muda amistad. Sentada en su trabajo, ella sentía su presencia, y cuando levantaba la cabeza lo miraba durante largo rato todos los días. El joven parecía lleno de gratitud por estos inocentes favores.

Ella observaba, con la profunda y rápida percepción de la juventud, que un repentino enrojecimiento cubría las pálidas mejillas del oficial en cuanto sus ojos se encontraban. Al cabo de una semana sonreía al verle por primera vez.

Cuando Tomski pidió permiso a su abuela para presentarle a uno de sus amigos, el corazón de la pobre joven palpó con fuerza, y cuando oyó que se trataba de Naroumoff, se arrepintió amargamente de haber comprometido su secreto al revelárselo a un joven vertiginoso como Paul.

Hermann era hijo de un alemán establecido en Rusia, de quien había heredado una pequeña suma de dinero. Firmemente resuelto a preservar su independencia, se había propuesto no tocar sus ingresos privados. Vivía de su sueldo y no se permitía el menor lujo. No era muy comunicativo y su reserva dificultaba que sus camaradas se divirtieran a su costa.

Bajo una supuesta calma ocultaba fuertes pasiones y una gran imaginación. Pero siempre fue dueño de sí mismo y se mantuvo libre de los defectos comunes de los jóvenes. Así, jugador por temperamento, nunca tocaba una carta, pues sentía, como él mismo decía, que su posición no le permitía "arriesgar lo necesario en vista de lo superfluo". Sin embargo, pasaba noches enteras ante una mesa de juego, observando con febril ansiedad los rápidos cambios de la partida. La anécdota de las tres cartas del conde St. Germain había golpeado su imaginación, y no hizo más que pensar en ella toda aquella noche.

"Si -se dijo al día siguiente, mientras paseaba por las calles de San Petersburgo-, si ella me contara su secreto, si me diera el nombre de las tres cartas ganadoras. Debo presentarme ante ella, para cortejarla y ganarme su confianza. Sí. ¡Y tiene ochenta y siete años! Tal vez muera esta semana o mañana. Pero después de todo, ¿hay una palabra de verdad en la historia? ¡No! Economía, templanza, trabajo, esas son mis tres cartas ganadoras. Con ellas puedo duplicar mi capital, multiplicarlo por diez. Sólo ellas pueden asegurar mi independencia y prosperidad".

Soñando de este modo mientras caminaba, su atención fue atraída por una casa construida en un estilo arquitectónico anticuado. La calle estaba llena de carruajes, que pasaban uno a uno ante la vieja casa, ahora brillantemente iluminada. A medida que la gente bajaba de los carruajes, Hermann veía ahora los piecitos de una joven, ahora la bota militar de un general. Luego venía una media con reloj; luego, de nuevo, un zapato diplomático. Capas y abrigos forrados de piel pasaron en procesión ante un gigantesco portero.

Hermann se detuvo. "¿Quién vive aquí?", dijo a un vigilante en su palco.

"La condesa Anna Fedotovna". Era la abuela de Tomski.

Hermann se puso en marcha. La historia de las tres cartas acudió una vez más a su imaginación. Caminó de un lado a otro ante la casa, pensando en la mujer a quien pertenecía, en su riqueza y su

misterioso poder. Por fin regresó a su guarida. Pero durante algún tiempo no pudo conciliar el sueño; y cuando por fin lo alcanzó, vio, danzando ante sus ojos, naipes, una mesa verde y montones de rublos y billetes. Se vio a sí mismo doblando apuesta tras apuesta, ganando siempre, y luego llenándose los bolsillos con montones de monedas y llenando su libreta de bolsillo con innumerables billetes. Cuando despertó, suspiró al comprobar que sus tesoros no eran más que creaciones de una fantasía desordenada; y, para alejar de sí tales pensamientos, salió a dar un paseo. Pero no había ido muy lejos cuando se encontró de nuevo ante la casa de la condesa. Parecía haber sido atraído por una fuerza irresistible. Se detuvo y miró hacia las ventanas. Allí vio la cabeza de una muchacha de hermosos cabellos negros, inclinada graciosamente sobre un libro o un bastidor de bordado. Levantó la cabeza y vio una tez fresca y unos ojos negros.

Ese momento decidió su destino.



CAPÍTULO III

Lisabeta estaba quitándose el chal y el bonete cuando la condesa la mandó llamar.

Había hecho subir de nuevo los caballos. Mientras dos lacayos ayudaban a la anciana a subir al carruaje, Lisabeta vio al joven oficial a su lado. Sintió que la cogía de la mano, perdió la cabeza, y descubrió, cuando el joven oficial se hubo alejado, que le había dejado un papel entre los dedos. Se apresuró a esconderlo en el guante.

Durante todo el trayecto no vio ni oyó nada. Cuando iban juntos en el coche, la condesa tenía la costumbre de interrogar continuamente a Lisabeta.

"¿Quién es ese hombre que nos ha saludado? ¿Cómo se llama este puente? ¿Qué hay escrito en ese cartel?".

Lisabeta daba ahora las respuestas más absurdas, por lo que era regañada por la condesa.

"¿Qué te pasa, hija mía?", le preguntó. "¿En qué piensas? ¿O es que no me oyes? Hablo con suficiente claridad, sin embargo, y todavía no he perdido la cabeza, ¿verdad?".

Lisabeta no escuchaba. Cuando regresó a la casa, corrió a su habitación, cerró la puerta y sacó el trozo de papel de su guante. No estaba sellado, por lo que era imposible no leerlo. La carta contenía protestas de amor. Era tierna, respetuosa, y estaba traducida palabra por palabra de una novela alemana. Pero Lisabeta no leía alemán y estaba encantada. Sin embargo, se sintió muy avergonzada. Por primera vez en su vida tenía un secreto. Mantener corre-

spondencia con un joven. La idea de tal cosa la asustaba. ¡Qué imprudente había sido! Se lo había reprochado, pero ahora no sabía qué hacer.

¿Dejar de hacer su trabajo en la ventana y, con persistente frialdad, tratar de disgustar al joven oficial? ¿Devolverle la carta? ¿Responderle de manera firme y decidida? ¿Qué línea de conducta debía seguir? No tenía ningún amigo, nadie que la aconsejara. Al final decidió enviar una respuesta. Se sentó a su mesita, cogió papel y pluma y se puso a pensar. Más de una vez escribió una frase y luego rompió el papel. Lo que había escrito le parecía demasiado rígido, o bien le faltaban reservas. Por fin, después de muchos problemas, consiguió componer unas pocas líneas que parecían responder al caso. "Creo -le escribió- que sus intenciones son las de un hombre honorable y que no desearía ofenderme con una conducta desconsiderada. Pero debe comprender que nuestra relación no puede comenzar de esta manera. Le devuelvo su carta, y confío en que no me dará motivos para lamentar mi imprudencia."



Al día siguiente, en cuanto Hermann hizo su aparición, Lisabeta dejó su bordado, entró en el salón, abrió el ventilador y arrojó su carta a la calle, asegurándose de que el joven oficial la recogería.

Hermann, en efecto, la vio en seguida y, recogiéndola, entró en una confitería para leerla. No encontrando en él nada desalentador, volvió a casa suficientemente satisfecho con el primer paso en su aventura amorosa.

Algunos días después, una joven de ojos vivaces llamó para ver a la señorita Lisabeta, en nombre de un sombrerero. Lisabeta se preguntó qué podría querer, y sospechó, al recibirla, alguna intención secreta. Sin embargo, se sorprendió mucho cuando reconoció en la carta que le entregaban la letra de Hermann.

"Se equivoca usted", le dijo, "esta carta no es para mí".

"Le ruego me disculpe", dijo el sombrerero, con una leve sonrisa; "tenga la amabilidad de leerla".

Lisabeta le echó un vistazo. Hermann le pedía una cita.

"¡Imposible!", exclamó, alarmada tanto por la audacia de la petición como por la forma en que había sido formulada. "Esta carta no es para mí", repitió; y la rompió en cien pedazos.

"Si la carta no era para ti, ¿por qué la has roto? Deberías habérmela devuelto, para que yo se la llevara a la persona a quien iba dirigida".

"Cierto", dijo Lisabeta, bastante desconcertada. "Pero no me traigas más cartas, y dile a la persona que te dio ésta que debería sonrojarse por su conducta".

Hermann, sin embargo, no era hombre que abandonase lo que una vez había emprendido. Cada día Lisabeta recibía una nueva carta suya, enviada ahora de una manera, ahora de otra. Ya no las traducía del alemán. Hermann escribía bajo la influencia de una pasión dominante, y hablaba una lengua que era la suya. Lisabeta no podía resistir tales torrentes de elocuencia. Recibía las cartas, las guardaba y por fin las contestaba. Cada día sus respuestas eran más largas y afectuosas, hasta que por fin arrojó por la ventana una carta redactada en los siguientes términos

"Esta noche hay un baile en la Embajada. La condesa estará allí. Nos quedaremos hasta las dos de la madrugada. Puede que consiga verme a solas. En cuanto la condesa salga de casa, es decir, hacia las once, es seguro que los criados saldrán, y no quedará nadie más que el portero, que seguramente estará durmiendo en su palco. Entra en cuanto den las once y sube lo más rápido posible. Si encontráis a alguien en la antecámara, preguntad si la Condesa está en casa, y os dirán que ha salido, y, en ese caso, debéis resignaros y marcharos. Sin embargo, lo más probable es que no encuentre a nadie. Las mujeres de la Condesa están juntas en una habitación distante. Una vez en la antecámara, gire a la izquierda y siga recto

hasta llegar al dormitorio de la condesa. Allí, detrás de un gran biombo, verás dos puertas. La de la derecha conduce a una habitación oscura. La de la izquierda conduce a un pasillo, al final del cual hay una pequeña escalera de caracol, que conduce a mi salón."



A las diez, Hermann ya estaba de servicio ante la puerta de la condesa. Era una noche espantosa. Los vientos se habían desatado, y la nieve caía en grandes copos; las lámparas daban una luz incierta; las calles estaban desiertas; de vez en cuando pasaba un trineo, tirado por un mísero carruaje, en busca de pasaje. Cubierto con un grueso abrigo, Hermann no sentía ni el viento ni la nieve. Por fin se detuvo el carruaje de la condesa. Vio que dos enormes lacayos se adelantaban y cogían bajo los brazos a un espectro destaralado, y lo colocaban sobre los cojines, bien envuelto en una enorme capa de piel. Inmediatamente después, con un manto más ligero y la cabeza coronada de flores naturales, apareció Lisabeta, que saltó al interior del carruaje como un dardo. La puerta se cerró y el carruaje rodó suavemente sobre la nieve.

El portero cerró la puerta de la calle, y pronto las ventanas del primer piso quedaron a oscuras. Reinó el silencio en toda la casa. Hermann caminó de un lado a otro; luego, acercándose a una lámpara, miró su reloj. Faltaban veinte minutos para las once. Apoyado en el poste de la lámpara, con los ojos fijos en la larga aguja de su reloj, contó impaciente los minutos que aún faltaban. A las once en punto, Hermann subió los escalones, empujó la puerta de la calle y entró en el vestíbulo, que estaba bien iluminado. El portero no estaba allí. Con paso firme y rápido subió la escalera y llegó a la antecámara. Allí, ante una lámpara, dormía un lacayo, tendido en una bata sucia y grasienta. Hermann pasó rápidamente delante de él y cruzó el comedor y el salón, donde no había luz, pero la lámpara de la antecámara le ayudó a ver. Por fin llegó al dormitorio de la condesa. Ante un biombo cubierto de antiguos iconos [imágenes sagradas] ardía una lámpara dorada. Sillones dorados, sofás de colores desvaídos, amueblados con mullidos cojines, estaban dispuestos simétricamente a lo largo de las paredes, colgadas de seda china. Vio dos grandes retratos pintados por Madame le Brun. Uno de ellos representaba a un hombre de cuarenta años, corpulento y corpulento, vestido con un abrigo verde claro, con una decoración en el pecho. El segundo retrato era el de una joven elegante, de nariz aguileña, cabello empolvado recogido en las sienes y una rosa sobre la oreja. Por todas partes se veían pastores y pastoras en porcelana de Dresde, con jarrones de todas formas, relojes de Leroy, cestas de trabajo, abanicos y todos los mil juguetes para uso de las damas de moda, descubiertos en el siglo pasado, en la época de los globos de Montgolfier y del magnetismo animal de Mesmer.

Hermann pasó detrás del biombo, que ocultaba un pequeño somier de hierro. Vio las dos puertas: la de la derecha daba al cuarto oscuro, la de la izquierda al pasillo. Abrió esta última, vio la escalera que conducía a la salita de la pobre compañerita, y luego, cerrando esta puerta, entró en el cuarto oscuro.

El tiempo pasó lentamente. Todo estaba tranquilo en la casa. El reloj del salón dio la medianoche y de nuevo se hizo el silencio. Her-

mann estaba de pie, apoyado en la estufa, en la que no había fuego. Estaba tranquilo; pero su corazón latía con rápidas pulsaciones, como el de un hombre decidido a afrontar todos los peligros que pueda tener que afrontar, porque los sabe inevitables. Oyó la una, luego las dos, y poco después el lejano rodar de un carruaje. Ahora, a pesar suyo, experimentó cierta emoción. El carruaje se acercó rápidamente y se detuvo. Al instante se oyó un gran ruido de criados corriendo por las escaleras y una confusión de voces. De pronto se iluminaron todas las habitaciones, y las tres anticuadas criadas de la condesa entraron en seguida en el dormitorio. Por fin apareció la condesa en persona.



La momia andante se hundió en un gran sillón Voltaire. Hermann miró por la rendija de la puerta; vio a Lisabeta pasar cerca de él, y oyó su paso apresurado al subir la pequeña escalera de caracol. Por un momento sintió algo parecido al remordimiento; pero pronto se le pasó, y su corazón volvió a ser de piedra.

La condesa empezó a desnudarse ante un espejo. Se quitó el tocado de rosas y se separó la peluca empolvada de su propio cabello, que era muy corto y bastante blanco. Los alfileres caían a chorros a su alrededor. Por fin se puso la bata y el gorro de dormir, y con este traje, más adecuado a su edad, estaba menos horrible que antes.

Como la mayoría de los ancianos, la condesa estaba atormentada por el insomnio. Hizo rodar su sillón hacia una de las ventanas, y dijo a sus criadas que la dejaran. Se apagaron las luces y la habitación quedó iluminada únicamente por la lámpara que ardía ante las santas imágenes. La condesa, cetrina y arrugada, se balanceaba suavemente de derecha a izquierda. En sus ojos apagados se leía una total ausencia de pensamiento; y mientras se movía de un lado a otro, uno podría haber dicho que no lo hacía por ninguna acción de la voluntad, sino a través de algún mecanismo secreto.

De pronto, esta cabeza de muerte adoptó una nueva expresión; los labios dejaron de temblar y los ojos cobraron vida. Un hombre extraño había aparecido ante la condesa.

Era Hermann.

"No se alarme, señora -dijo Hermann en voz baja, pero muy clara-. "Por el amor de Dios, no se alarme. No deseo hacerle el menor daño; al contrario, vengo a implorarle un favor".

La anciana le miró en silencio, como si no comprendiera. Pensando que era sorda, se inclinó hacia su oído y repitió lo que había dicho; pero la condesa seguía callada.

"Puedes asegurarme la felicidad de toda mi vida, y sin que te cueste un penique. Sé que puedes nombrarme tres cartas...".

La condesa comprendió ahora lo que le pedía.

"Era una broma", interrumpió. "Le juro que sólo era una broma".

"No, señora", replicó Hermann en tono airado. "Recuerde a Tchaplitzki y cómo le permitió ganar".

La condesa estaba agitada. Por un momento sus facciones expresaron una fuerte emoción; pero pronto volvieron a su anterior dulzura.



"¿No puedes nombrarme", dijo Hermann, "tres cartas ganadoras?".

La condesa guardó silencio. "¿Por qué guardar este secreto para sus bisnietos? "Ya son bastante ricos sin él; no conocen el valor del dinero. ¿De qué les servirían sus tres cartas? Son unos libertinos. El hombre que no puede conservar su herencia morirá en la miseria, aunque tuviera a su disposición la ciencia de los demonios. Soy un hombre firme. Conozco el valor del dinero. Tus tres cartas no se perderán conmigo. Vamos.

Se detuvo tembloroso, esperando una respuesta. La condesa no pronunció palabra. Hermann se arrodilló.

"Si tu corazón ha conocido alguna vez la pasión del amor; si puedes recordar sus dulces éxtasis; si alguna vez te ha conmovido el llanto de un recién nacido; si algún sentimiento humano ha hecho latir alguna vez tu corazón, te ruego por el amor de un esposo, de un amante, de una madre, por todo lo que es sagrado en la vida, que no rechaces mi plegaria. Cuéntame tu secreto. Reflexiona. Eres viejo, no te queda mucho tiempo de vida. Recuerda que la felicidad de un hombre está en tus manos; que no sólo yo, sino mis hijos y mis nietos bendecirán tu memoria como la de un santo."

La anciana condesa no respondió ni una palabra.

Hermann se levantó y sacó una pistola del bolsillo.

"¡Hag!", exclamó, "te haré hablar".

Al ver la pistola, la condesa se agitó por segunda vez. Su cabeza tembló violentamente; extendió las manos como si quisiera apartar el arma. De repente se quedó inmóvil.

"¡Vamos, no seas infantil!", dijo Hermann. "Te lo conjuro por última vez; ¿dirás el nombre de las tres cartas?"

La condesa no respondió. Hermann vio que estaba muerta.

CAPÍTULO IV

Lisabeta estaba sentada en su habitación, todavía con su vestido de baile, sumida en la más profunda meditación. Al regresar a la casa, había despedido a su criada; y había subido a su habitación, temblando ante la idea de encontrar allí a Hermann; deseando, en verdad, no encontrarlo. Una mirada le mostró que no estaba allí, y dio gracias a la Providencia de que hubiera faltado a la cita. Se sentó pensativa, sin pensar en quitarse la capa, y dejó pasar por su memoria todas las circunstancias de la intriga que había comenzado hacía tan poco tiempo, y que ya había avanzado tanto. Apenas habían pasado tres semanas desde que había visto por primera vez al joven oficial desde su ventana, y ya le había escrito, y él había conseguido inducirla a concertar una cita. Sabía su nombre, y eso era todo. Había recibido muchas cartas de él, pero nunca le había dirigido la palabra; no conocía el sonido de su voz, y hasta aquella noche, extrañamente, nunca había oído hablar de él.



Pero aquella misma noche, Tomski, creyendo haberse dado cuenta de que la joven princesa Paulina, a la que había estado cortejando asiduamente, coqueteaba, en contra de su costumbre, con otro hombre, había querido vengarse mostrándose indiferente. Con este noble objeto había invitado a Lisabeta a tomar parte en una interminable mazurca; pero se burló inmensamente de ella acerca de su parcialidad por los oficiales de Ingenieros, y fingiendo todo el tiempo saber mucho más de lo que realmente sabía, aventuró por pura di-

versión algunas conjeturas que fueron tan felices que Lisabeta pensó que su secreto debía de haber sido descubierto.

"Pero, ¿quién te cuenta todo esto?", dijo con una sonrisa.

"Un amigo del mismísimo oficial que tú conoces, un hombre de lo más original".

"¿Y quién es ese hombre tan original?".

"Se llama Hermann".

Ella no contestó nada, pero sus manos y pies parecían de hielo.

"Hermann es un héroe romántico", continuó Tomski. "Tiene el perfil de Napoleón y el alma de Mefistófeles. Creo que tiene al menos tres crímenes en su conciencia. . . . ¡Pero qué pálido estás!"

"Me duele mucho la cabeza. Pero, ¿qué le ha dicho ese señor Hermann? ¿No se llama así?"

"Hermann está muy disgustado con su amigo, con el oficial de Ingenieros que te ha conocido. Dice que en su lugar se comportaría de manera muy diferente. Pero estoy seguro de que el propio Hermann tiene planes para usted. Al menos, parece escuchar con notable interés todo lo que su amigo le cuenta de usted."

"¿Y dónde me ha visto?"

"Tal vez en la iglesia, tal vez en la calle; Dios sabe dónde".

En este momento tres damas se adelantaron según la costumbre de la mazurca, y pidieron a Tomski que eligiera entre "el olvido y el arrepentimiento."

Y la conversación que tan penosamente había excitado la curiosidad de Lisabeta llegó a su fin.

La dama que, en virtud de las infidelidades permitidas por la mazurca, acababa de ser elegida por Tomski, era la princesa Paulina. Durante las rápidas evoluciones que la figura[1] les obligaba a

hacer, hubo entre ellos una gran explicación, hasta que por fin él la condujo a una silla, y volvió con su pareja.

Pero Tomski ya no podía pensar ni en Hermann ni en Lisabeta, e intentó en vano reanudar la conversación. Pero la mazurca estaba llegando a su fin, e inmediatamente después la vieja condesa se levantó para marcharse.

Las misteriosas frases de Tomski no eran más que las habituales perogrulladas de la mazurca, pero habían causado una profunda impresión en el corazón de la pobre compañerita. El retrato esbozado por Tomski le había parecido muy exacto; y con sus ideas románticas, veía en el semblante más bien ordinario de su adorador algo que temer y admirar. Estaba ya sentada, sin capa, con los hombros desnudos; la cabeza, coronada de flores, caía hacia delante por el cansancio, cuando de pronto se abrió la puerta y entró Hermann. Ella se estremeció.

"¿Dónde estabas?", dijo temblando.

"En el dormitorio de la condesa. Acabo de dejarla", respondió Hermann. "Está muerta".

"¡Cielo santo! ¿Qué dices?"

"Temo", dijo, "que yo sea la causa de su muerte".

Lisabeta le miró consternada, y recordó las palabras de Tomski: "Tiene por lo menos tres crímenes sobre su conciencia".

Hermann se sentó junto a la ventana, y lo contó todo. La joven escuchó con terror.

De modo que aquellas cartas tan llenas de pasión, aquellas expresiones ardientes, esta persecución obstinada y atrevida... ¡todo esto había sido inspirado por cualquier cosa menos por amor! Sólo el dinero había inflamado el alma de aquel hombre. Ella, que no tenía más que un corazón que ofrecer, ¿cómo podía hacerle feliz? Pobre niña, había sido el instrumento ciego de un ladrón, del as-

esino de su antigua bienhechora. Lloró amargamente en la agonía de su arrepentimiento. Hermann la contemplaba en silencio; pero ni las lágrimas de la infeliz, ni su belleza, conmovida aún más por su dolor, pudieron conmover su corazón de hierro. No sentía ningún remordimiento al pensar en la muerte de la condesa. Un solo pensamiento le afligía: la pérdida irreparable del secreto que había hecho su fortuna.

"¡Eres un monstruo!", dijo Lisabeta, después de un largo silencio.

"No quería matarla", replicó Hermann con frialdad. "Mi pistola no estaba cargada".

Permanecieron algún tiempo sin hablar, sin mirarse. Amanecía y Lisabeta apagó la vela. Se enjugó los ojos, ahogados en lágrimas, y los levantó hacia Hermann. Él estaba de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. En aquella actitud le recordó involuntariamente el retrato de Napoleón. El parecido la abrumó.

"¿Cómo voy a sacarte de aquí?", dijo al fin. "Pensé que podrías salir por las escaleras de atrás. Pero habría que pasar por el dormitorio de la condesa, y estoy demasiado asustada".

"Dígame cómo llegar a la escalera e iré sola".

Fue a un cajón, sacó una llave, que entregó a Hermann, y le dio las instrucciones necesarias. Hermann le cogió la mano helada, la besó en la frente y se marchó.

Bajó la escalera y entró en el dormitorio de la condesa. Ella estaba sentada muy rígida en su sillón; pero sus facciones no estaban en modo alguno contraídas. Se detuvo un momento y la miró a la cara, como para cerciorarse de la terrible realidad. Luego entró en la oscura habitación y, tanteando detrás del tapiz, encontró la pequeña puerta que daba a una escalera. Mientras bajaba por ella, le vinieron a la cabeza extrañas ideas. "Bajando esta escalera", se dijo, "hace unos sesenta años, más o menos a esta hora, puede haber sido visto algún hombre con un abrigo bordado y una peluca empolvada,

apretando contra su pecho un sombrero ladeado: algún galán que ha sido enterrado hace mucho tiempo; y ahora el corazón de su anciana señora ha dejado de latir."

Al final de la escalera encontró otra puerta, que su llave abrió, y se encontró en el corredor que conducía a la calle.

CAPÍTULO V

Tres días después de esta noche fatal, a las nueve de la mañana, Hermann entró en el convento donde iban a tributarse los últimos respetos a los restos mortales de la anciana condesa. No sentía remordimiento alguno, aunque no podía negarse a sí mismo que había sido el asesino de la pobre mujer. No teniendo religión, era, como de costumbre en tales casos, muy supersticioso; creyendo que la difunta condesa podría ejercer una influencia maligna sobre su vida, pensó en apaciguar su espíritu asistiendo a su funeral.

La iglesia estaba llena de gente y era difícil entrar. El cuerpo había sido colocado en un rico catafalco, bajo un dosel de terciopelo. La condesa reposaba en un ataúd abierto, con las manos juntas sobre el pecho, un vestido de raso blanco y un tocado de encaje. Alrededor del catafalco estaba reunida la familia, los sirvientes con cafetanes negros con un nudo de cintas en el hombro, exhibiendo los colores del escudo de armas de la Condesa. Cada uno de ellos llev-

aba una vela de cera en la mano. Los parientes, en profundo duelo - hijos, nietos y bisnietos- estaban todos presentes; pero ninguno de ellos lloró.

Haber derramado lágrimas habría parecido afectación. La condesa era tan anciana que su muerte no podía tomar a nadie por sorpresa, y hacía tiempo que se la consideraba ya fuera del mundo. El sermón fúnebre fue pronunciado por un célebre predicador. En unas pocas frases sencillas y conmovedoras pintó la partida final de la justa, que había pasado largos años de contrita preparación para un final cristiano. El servicio concluyó en medio de un respetuoso silencio. Entonces los familiares se dirigieron hacia el difunto para darle el último adiós. Tras ellos, en una larga procesión, todos los que habían sido invitados a la ceremonia se inclinaron, por última vez, ante la que durante tantos años había sido un espantapájaros en sus agasajos. Por fin llegó la familia de la condesa; entre ellos destacaba una vieja institutriz, de la misma edad que la difunta, sostenida por dos mujeres. No tenía fuerzas para arrodillarse, pero las lágrimas brotaron de sus ojos al besar la mano de su anciana ama.



A su vez, Hermann avanzó hacia el ataúd. Se arrodilló un momento sobre las losas, sembradas de ramas de tejo. Luego se levantó, pálido como la muerte, y subió los peldaños del catafalco. Incluyó la cabeza. Pero de pronto la muerta pareció mirarle fijamente; y con una mirada burlona abrió y cerró un ojo. Hermann, con un movimiento brusco, se sobresaltó y cayó de espaldas. Varias personas se precipitaron hacia él. En el mismo momento, cerca de la puerta de la iglesia, Lisabeta se desmayó.

Durante todo el día, Hermann sufrió una extraña indisposición. En un restaurante tranquilo, donde tomaba sus comidas, bebió, en contra de su costumbre, una gran cantidad de vino, con el objeto de embrutecerse. Pero el vino no tuvo otro efecto que excitar su imaginación y dar nueva actividad a las ideas que le preocupaban.

Volvió a casa más temprano que de costumbre, se acostó en la cama con la ropa puesta y cayó en un sueño plomizo. Cuando des-

pero era de noche, y la habitación estaba iluminada por los rayos de la luna. Miró el reloj: eran las tres menos cuarto. No podía dormir más. Se sentó en la cama y pensó en la vieja condesa. En aquel momento, alguien de la calle pasó por la ventana, miró dentro de la habitación y siguió su camino. Hermann apenas se dio cuenta, pero al cabo de un minuto oyó abrirse la puerta de la antecámara. Cayó de espaldas. Pensó que su ordenanza, borracho como de costumbre, regresaba de alguna excursión nocturna; pero el paso era uno al que no estaba acostumbrado. Parecía que alguien caminaba suavemente por el suelo en zapatillas.

La puerta se abrió, y una mujer, vestida completamente de blanco, entró en el dormitorio. Hermann pensó que debía de ser su antigua enfermera, y se preguntó qué podía querer a aquellas horas de la noche.

Pero la mujer de blanco, cruzando la habitación con paso rápido, estaba ahora a los pies de su cama, y Hermann reconoció a la condesa.

"Vengo a verte en contra de mi voluntad -dijo con voz firme-. "Me veo obligada a concederle su plegaria. Tres, siete, as, ganarán, si se juegan una tras otra; pero no debes jugar más de una carta en veinticuatro horas, y después, mientras vivas, no debes volver a tocar una carta. Te perdono mi muerte, a condición de que te cases con mi compañera, Lisabeta Ivanovna".



Con estas palabras se dirigió hacia la puerta y, deslizándose con sus zapatillas por el suelo, desapareció. Hermann oyó abrirse la puerta de la antecámara, y poco después vio pasar por la calle una figura blanca. Se detuvo un momento ante su ventana, como si quisiera mirarle.

Hermann permaneció un rato atónito. Luego se levantó y entró en la habitación contigua. Su ordenanza, borracho como de costumbre, estaba dormido en el suelo. Le costó mucho trabajo despertarlo, y luego no pudo obtener de él la menor explicación. La puerta de la antecámara estaba cerrada.

Hermann volvió a su dormitorio y anotó todos los detalles de su visión.

CAPÍTULO VI.

Dos ideas fijas no pueden existir juntas en el mundo moral más de lo que en el físico dos cuerpos pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo; y "Tres, siete, as" alejó pronto de Hermann el recuerdo de los últimos momentos de la vieja condesa. "Tres, siete, as" estaban ahora en su cabeza, excluyendo todo lo demás.

Le seguían en sueños y se le aparecían bajo formas extrañas. Los tres parecían extenderse ante él como magnolias, los sietes adoptaban la forma de puertas góticas y los ases se convertían en arañas gigantescas.

Sus pensamientos se concentraron en un solo punto. ¿Cómo iba a sacar provecho del secreto tan caro? ¿Y si pedía permiso para viajar? En París, se dijo, encontraría alguna casa de juego donde, con sus tres cartas, podría hacer fortuna de inmediato.

El azar no tardó en acudir en su ayuda. Había en Moscú una sociedad de jugadores ricos, presidida por el célebre Tchekalinski, que había pasado toda su vida jugando a las cartas y había amasado millones. Mientras él sólo perdía plata, ganaba billetes de banco. Su magnífica casa, su excelente cocina, sus modales cordiales, le habían granjeado numerosos amigos y le habían asegurado la estima general.

Cuando llegó a San Petersburgo, los jóvenes de la capital llenaron sus habitaciones, renunciando a los bailes por sus fiestas de cartas y prefiriendo las emociones del juego a las fascinaciones del flirteo. Naroumoff llevó a Hermann ante Tchekalinski. Atravesaron una larga serie de habitaciones, repletas de los sirvientes más atentos y obsequiosos. El lugar estaba abarrotado. Los generales y los altos funcionarios jugaban al whist; los jóvenes se tendían en los sofás, comiendo helados y fumando largas pipas. En la sala principal, a la

cabeza de una larga mesa, alrededor de la cual se reunían una veintena de jugadores, el señor de la casa sostenía una banca de faro.

Era un hombre de unos sesenta años, de rostro dulce y noble, y cabellos blancos como la nieve. En su semblante lleno y florido se leía el buen humor y la benevolencia. Sus ojos brillaban con una sonrisa perpetua. Naroumoff presentó a Hermann. Tchekalinski le cogió de la mano, le dijo que se alegraba de verle, que en su casa nadie se andaba con ceremonias, y se puso a repartir. El reparto duró algún tiempo, y se hicieron apuestas sobre más de treinta cartas. Tchekalinski esperó pacientemente para dar tiempo a los ganadores a doblar sus apuestas, pagó lo que había perdido, escuchó cortésmente todas las observaciones y, más cortés aún, enderezó las esquinas de las cartas, cuando en un arrebatado de ausencia alguien se había tomado la libertad de girarlas hacia abajo. Por fin, cuando la partida llegó a su fin, Tchekalinski recogió las cartas, las barajó de nuevo, las hizo cortar y volvió a repartir.

"¿Me permite que coja una carta?", dijo Hermann, extendiendo el brazo por encima de un hombre gordo que ocupaba casi todo un lado de la mesa. Tchekalinski, con una amable sonrisa, se inclinó en señal de consentimiento. Naroumoff felicitó a Hermann, riendo, por el cese de la austeridad que hasta entonces había caracterizado su conducta, y le deseó toda clase de felicidades con motivo de su primera aparición en el personaje de un jugador.

"¡Ya está!", dijo Hermann, después de escribir algunas cifras en el reverso de su tarjeta.

"¿Cuánto?", preguntó el banquero, medio cerrando los ojos. "Perdone, no puedo ver".

"Cuarenta y siete mil rublos", dijo Hermann.

Los ojos de todos se dirigieron hacia el nuevo jugador.

"Ha perdido la cabeza", pensó Naroumoff.

"Permítame señalarle -dijo Tchekalinski, con su eterna sonrisa- que está usted jugando bastante alto. Nunca ponemos aquí, como primera apuesta, más de ciento setenta y cinco rublos."

"Muy bien", dijo Hermann; "¿pero acepta usted mi apuesta o no?".

Tchekalinski hizo una reverencia en señal de aceptación. "Sólo quiero indicarle -dijo- que, aunque estoy perfectamente seguro de mis amigos, sólo puedo jugar contra dinero fácil. Estoy completamente convencido de que su palabra vale tanto como el oro; pero para mantener las reglas del juego y facilitar los cálculos, le agradecería que pusiera el dinero en su tarjeta."

Hermann sacó un billete de su bolsillo y se lo entregó a Tchekalinski, quien, tras examinarlo con la mirada, lo colocó sobre la carta de Hermann.

Entonces empezó a repartir. A la derecha salió un diez y a la izquierda un tres.

"Yo gano", dijo Hermann mostrando el tres.

Un murmullo de asombro recorrió la asamblea. El banquero frunció las cejas, pero enseguida su rostro recuperó su eterna sonrisa.

"¿Debo liquidar de una vez?", preguntó.

"Si tiene la amabilidad de hacerlo", dijo Hermann.

Tchekalinski sacó de su cartera un fajo de billetes y pagó. Hermann se embolsó su premio y abandonó la mesa.

Naroumoff no salía de su asombro. Hermann bebió un vaso de limonada y se fue a casa.

A la noche siguiente volvió a la casa. Tchekalinski estaba de nuevo en la banca. Hermann fue a la mesa, y esta vez los jugadores se apresuraron a hacerle sitio. Tchekalinski le recibió con una amable reverencia. Hermann esperó, tomó una carta y apostó en ella sus

cuarenta y siete mil rublos, junto con la misma suma que había ganado la noche anterior.

Tchekalinski empezó a repartir. Sacó a la derecha un truhán y a la izquierda un siete.

Hermann mostró un siete.

Hubo una exclamación general. Tchekalinski estaba evidentemente incómodo, pero contó los noventa y cuatro mil rublos a Hermann, que los tomó con la mayor tranquilidad, se levantó de la mesa y se marchó.

A la noche siguiente, a la hora acostumbrada, apareció de nuevo. Todo el mundo le esperaba. Los generales y los altos oficiales habían abandonado sus partidas de whist para asistir a esta obra extraordinaria. Los jóvenes oficiales habían abandonado sus sofás, y hasta los criados de la casa se apretujaban alrededor de la mesa.

Cuando Hermann tomó asiento, los demás jugadores dejaron de apostar, tan impacientes estaban por verle enfrentarse con el banquero, quien, aún sonriente, observaba la aproximación de su antagonista y se preparaba para hacerle frente. Cada uno de ellos desató al mismo tiempo una baraja. Tchekalinski barajó y Hermann cortó. Luego, este último cogió una carta y la cubrió con un montón de billetes. Eran como los preliminares de un duelo. Un profundo silencio reinó en la sala.

Tchekalinski cogió las cartas con manos temblorosas y repartió. A un lado puso una reina y al otro un as.

"El as gana", dijo Hermann.



"No. La reina pierde", dijo Tchekalinski.

Hermann miró. En lugar del as, vio ante sí una reina de picas. No podía fiarse de sus ojos. Y ahora, mientras contemplaba fascinado la carta fatal, le pareció ver que la reina de picas abría y cerraba el ojo, al tiempo que esbozaba una sonrisa burlona. Sintió un estremecimiento de horror sin nombre. La reina de picas se parecía a la condesa muerta.

Hermann está ahora en el manicomio Oboukhoff, habitación 17, ¡un loco sin remedio! No responde a ninguna de las preguntas que le hacemos. Sólo murmura para sí sin cesar: "¡Tres, siete, as; tres, siete, reina!".



¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB

1. [La dama de picas - Pushkin](#)
2. [CAPÍTULO I](#)
3. [CAPÍTULO II](#)
4. [CAPÍTULO III](#)
5. [CAPÍTULO IV](#)
6. [CAPÍTULO V](#)